

Tercer Domingo de Adviento

Ruido, ruido y más ruido. Vivimos cada día rodeados de ruido: en las calles, de las obras que la ciudad, de las voces, de los anuncios, de la tele... Los expertos dicen que existe un tipo de contaminación denominada "contaminación acústica"... y va ser que es verdad. Alrededor nuestro siempre hay ruido, y lo que es peor, cuando no hay ruido, lo creamos, porque nos da miedo el silencio.

Sin embargo, hay voces que nada tienen que ver con el ruido. Es más... el ruido trata de ocultarlas, porque incomodan. Hay personas que, con su voz y con su dirigirse a nosotros nos abren puertas y aclaran nuestra vida. Así sucede con Juan, sí, el Bautista, una de esas voces que sobresalen por su cercanía y su capacidad de llegar a nuestro corazón. Es la voz del desierto, aquel que no calla nunca ni ante nada ni ante nadie. La voz de los que no se atreven a proclamar que Dios está cerca de ellos, tal vez por miedo al qué dirán.

Juan, como verdadero portavoz/altavoz de Dios hace resonar la Palabra en nuestro corazón. ¿Qué tendrá que decirnos este hombre? Pues en primer lugar que hay que ir a lo esencial (y él lo hacía), que hay que prescindir del ser barrocos, sobrecargados y tratar de mostrarnos como somos... ¡diseño limpio y esencial! En segundo lugar, que es necesario, como si de un altavoz se tratara, equilibrar en nuestra vida los agudos y los graves. Modelar nuestra vida, sí, viviendo con armonía las situaciones... claro, para ello, nada como una lectura atenta de la vida.

Una voz... pero no una voz cualquiera la de Juan... ¿estás dispuesto a aceptarla?